

para el sosten del Divino Culto, quedaban designadas en las Letras Apostólicas que, transmitidas á cada Santa Iglesia Catedral, serian para las generaciones futuras los monumentos mas visibles de la solicitud evangélica del inmortal Pontífice Pio IX y de la ardiente caridad del Sapientísimo Arzobispo de Michoacan Dr. D. Clemente de Jesus Munguía.

## VII.

Todas las cosas relativas á las nuevas Diócesis se encaminaban felizmente á su objeto; las ciudades y pueblos se daban los parabienes por la acertada eleccion de los Pastores, que por primera vez iban á regir tantos millares de ovejas abandonadas y casi perdidas entre las montañas de climas mortíferos á donde no resonaba la voz del Obispo, hacia mas de una centuria de años.

La hermosa ciudad de Leon se engalanaba como una jóven bellísima en el día de sus desposorios, para recibir al Varon Ilustre, que lleno de ciencia y de virtud, le daría con su valor, celo, y muy particularmente con su doctrina, unos dias de verdadera grandeza; pues el Illmo. Sr. Dr. y Maestro D. José María Diez de Sollano, ha merecido por su saber y virtud, el renombre glorioso de ser para su pátria el BORROMEO MEXICANO.

La Heróica Veracruz esperaba la venida de su Pontífice, como el labrador espera la lluvia para recoger ópimos frutos en las ardientes pla-

yas del Pacífico. La Religion Católica, que al poner sus plantas, por decirlo así, en los Médanos de nuestro mar, desplegaba su bandera y daba el nombre de aquel lábaro sacrosanto al puerto, que mas tarde seria la capital de la Diócesis, tiene hoy para aquella costa un incremento colosal que con dificultad insuperable desaparecerá de Jalapa, Orizava, Cordoba y de otros muchos pueblos hermosos, que son los bellos jardines del continente conquistado por Cortés.

Las selvas incultas del Sur, donde habitan nuestros hermanos que han sabido derramar su sangre por la pátria y por la Religion, se cubrian de flores y frutos como en testimonio de reconocimiento hácia el Autor de la Iglesia, porque en Chilapa se levantaba á un humilde cura de almas á la sublime silla del Episcopado.

Querétaro, centro puede decirse de los Obispos antiguos, tambien recibia el influjo y la solicitud paternal de tantos varones eminentes, que á los piés de Su Santidad Pio IX, solo anhelaban la prosperidad y engrandecimiento de la Iglesia mexicana; pero muy pronto esta ciudad vió bajar al sepulcro á su sábio y virtuoso Pastor, que por vez primera estendió el cayado para conducir al rebaño, por las praderas floridas de Aquel Señor que ha dado su sangre y su vida por la salud de las almas.

Zamora, pátria querida de Navarrete, de Gamarra y de otros tantos génios privilegiados, que con sus talentos y virtudes la han ennoblecido y colocado hácia el honroso y eminente puesto que las ciudades católicas ocupan en el mundo civilizado; Zamora, cuna de los Illmos. Sres. Obispos Morales y Labastida, y de los nunca bien ponderados Sres. Presbíteros Silva, Cavadas y Villavicencio; Zamora, en fin, país



natal de nuestro Illmo. Obispo D. José Antonio de la Peña y Navarro, esperaba con un regocijo inexplicable, el día mil veces feliz, de la Erección del obispado y de la consagración episcopal de su primer Pontífice, que formará siempre la joya mas preciosa de cuantas ha tenido desde su fundación en el hermoso valle de su nombre.

El Señor Dios, que desde lo alto de los cielos tiende dulces miradas á sus tiernos hijos y los llena de sus inefables consuelos, habia señalado el día 8 de Mayo de 1864, para que el Illmo. Sr. Peña recibiera de manos del Dignísimo Arzobispo de Michoacan Dr. D. Clemente de Jesus Munguía, la plenitud del Santo Sacramento del Orden.

Trasladado nuestro virtuoso Sacerdote á la capital de la República, con el fin de prestar canónicamente el juramento y demas promesas, tan importantes como tan terribles en el Episcopado, se entregó por muchos días de anticipación á la oración y ejercicios piadosos, que dignamente lo purificarán para recibir la consagración.

Nosotros, que tratamos muy de cerca al Illmo. Sr. Peña, no encontramos palabras con que manifestar aquella preparación; pero creemos que nuestros lectores alcanzarán una idea de tanta santidad y pureza, sabiendo que las continuas vigiliias y oraciones, las abundantes lágrimas y penitencias, las fervorosas súplicas hechas en el Santo Sacrificio de la Misa, en el que duraba mas de tres cuartos de hora, y en una palabra, el amor de Dios tan vehemente, le hizo caer en cama y se temió con mucho fundamento que el Obispo confirmado de Zamora no recibiera la consagración, ni llegara al día señalado para tan importante acto de la Religion.

Dios, por su infinita misericordia, quiso manifestar por medio de aquel virtuoso y Santo Sacerdote: ¡Cuan terrible es el Episcopado y cuan digno de respeto y veneración! Confúndanse aquellos espíritus presuntuosos y aspirantes, que por subir á los altos puestos y dignidades, atropellan y vilipendian el sacerdocio....

Restablecida la salud del Illmo. Prelado, ya pudieron los comisionados y padrinos arreglar la festividad que tendria lugar en la hermosísima Basílica de la Madre de los mexicanos. En el templo Santo, santificado con la presencia de María Santísima de Guadalupe: ahí, pues, donde la Divina Señora escogió para morada suya, y desde donde ha discipado las tinieblas de la idolatría con la predicación del Evangelio de su Santísimo Hijo, fué donde el Illmo. Sr. Munguía, dando cumplimiento á la Bula de Nuestro Santísimo Padre Pio IX, que ordenó la consagración Episcopal del primer Obispo de Zamora, verificó solemnemente este acto en la persona muy digna del Sr. Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro, el día 8 de Mayo de 1864.

Si tratáramos de describir esta magnífica solemnidad en el pequeño rasgo que nos ocupa, nos faltaria la destreza por la magnitud del cuadro; solamente no dejaremos pasar este recuerdo precioso, que personas verídicas nos han referido, de aquella santa solemnidad. Luego que el Sr. Peña se presentó en la grada superior del presbiterio y fijó sus ojos bañados de lágrimas en la preciosísima Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, fué tal la conmoción del pueblo, que unánimemente se percibió el llanto causado con la edificación del nuevo Obispo. En el acto de cantarse en el coro el *Veni Sancte Spiritus*, el concurso de fieles vió con grande



admiracion al Illmo. Sr. Peña, que invocaba ardientemente al Espíritu Santo, y que su voz penetrante y robusta resonaba en el templo, llenando de un santo temor á todos los circunstantes, que no apartaban sus miradas de él. Los sacerdotes y los seglares; los ancianos y jóvenes, todos á una voz confesaban y decian: "¡Este Obispo es un Santo! ¡Dichosos los zamoranos que cuentan en su Iglesia á un justo que alcanzará de Dios las bendiciones para su pueblo."

Habian pasado pocos dias de la consagracion del Dignísimo Obispo de esta Diócesis, cuando tuvimos el honor de visitarle en Tacubaya, á donde habia ido á restablecerse mas de su quebrantada salud. Le vimos muy abatido bajo el peso de su estado y de los dolores de una penosa enfermedad; creimos que no viviria muchos dias, y que tal vez la Iglesia de Zamora, erigida en aquella preciosa época, pronto se cubriría de luto por la muerte de aquel hombre eminentemente virtuoso; pero no sucedió así, porque la Santísima Virgen de Guadalupe, ante cuyas aras sacrosantas el Illmo. Prelado acababa de hacer sus juramentos, y recibia sobre sus espaldas los Santos Evangelios, le convertía en un atleta formidable de la Religion; le daba fuerza y virtud para apacentar su grey, visitándola y haciéndole toda clase de bienes, como lo veremos en los párrafos siguientes.

### VIII.

Un regocijo general y espontáneo se dejó ver en toda la Diócesis desde el feliz momento en que se recibió de México la plausible noticia de la solemne consagracion del Illmo. Sr. Peña; pero entre todos los pueblos se distinguió la privilegiada ciudad de Zamora, que sobre los muchos títulos con que ya se distinguia, obtuvo de la munificencia del inmortal Pio IX, el glorioso renombre de CIUDAD EPISCOPAL.

La dulce voz del Pastor resonó por todas partes, y los habitantes de las treinta y cinco parroquias que forman hoy la Iglesia de Zamora, cayeron de rodillas al poderoso influjo de la palabra Divina. Aquella primera *carta pastoral* del Illmo. Sr. Obispo dirigida á su V. Cabildo, á los señores Curas y demas Fieles de la nueva Diócesis, aún está haciendo eco en todos los corazones, y jamás se borrarán de la memoria aquellas elocuentes palabras; porque ellas envuelven una época gloriosa, una página de oro en el libro de la vida de esta ciudad.

"La Divina Providencia, decia el Illmo. Sr. Peña, para la cual nada hay pasado ni futuro sino que es presente; que con una ojeada, siempre actual y siempre eterna, mira toda la serie de la creacion, penetra las relaciones de los seres entre sí, descubre las notas particulares que determinan su individualidad y marca las propiedades comunes que constituyen sus especies y géneros; esta Providencia adorable, á cuyos ojos todo está presente, y que por lo mismo tiene á su vista todos los acontecimientos del universo para dirigirlos y